

Editorial

Para Braudel, uno de los mayores hallazgos de la cultura urbana clásica fue la creación de una red de caminos, capaces de poner en contacto a las ciudades, itinerarios por donde pudieron circular ideas, mercancías y gentes.

El siglo pasado se ha caracterizado por un progreso exponencial de toda clase de infraestructuras de comunicación que en si mismas ya se han convertido en el lugar, los lugares o los no-lugares para la construcción del imaginario contemporáneo.

Esta ingeniería en transformación constante y basada en el progreso continuo, ha producido la organización territorial de lo moderno que ya como objeto histórico, acumula sus propias ruinas, vislumbres de sus momentos de esplendor y todavía aún patrimonio común de nuestro presente.

Sabemos por Rafael Sánchez Ferlosio, *Donde la bestia ha muerto* (1993), que el tramo de carretera abandonado, nos devuelve por contraste negativo toda la agresividad latente y permanente, todo el desasosiego de la tensión violenta de la carretera en activo. En ese tramo abandonado, donde ya crecen “hilillos de hierba naciente” nos sonríe “toda la dicha de una quietud y una paz recuperadas para siempre, como una ráfaga de redención.”

Así, en la esperanza que nos ofrecen los caminos antiguos para una itinerancia otra, en este número acogemos algunos materiales, investigaciones y proyectos que están trabajando en torno a las infraestructuras orilladas por el tránsito de nuestra vida nerviosa.

En esta línea, con algunos paseos y ciudades, de forma particular, difundimos un archivo con trabajos que se centran en el antiguo Camino Málaga-Antequera y en la desmantelada línea ferroviaria suburbana Málaga-Vélez-Ventas de Zafarraya, pertenecientes a los fondos de *eDap*.

A partir de aquí, hacemos una invitación para considerar a nuestros viejos caminos como parte esencial del paisaje de nuestro siglo.